

OSVALDO PÉREZ SAMMARTINO



EL MITO

DEL

GORILA

UNA HISTORIA DE LA EXTORSIÓN PERONISTA
A LA ARGENTINA REPUBLICANA

Ariel

OSVALDO PÉREZ SAMMARTINO

EL MITO

DEL

GORILA

UNA HISTORIA DE LA EXTORSIÓN PERONISTA
A LA ARGENTINA REPUBLICANA

Ariel

Deben ser los gorilas, deben ser

John Ford filmó en 1953 *Mogambo*, una historia que se desarrolla durante un safari en África, protagonizada por Clark Gable, Ava Gardner y Grace Kelly. La película se estrenó en Buenos Aires a principios de 1955 y tuvo mucha repercusión. En marzo de ese año, en *La revista dislocada*, uno de los programas de radio más populares de la época, se usó una frase de la película en un *sketch*, de la mano de su libretista, Aldo Cammarota. En *Mogambo* hay una escena en la que Grace Kelly oye un rugido y se asusta; Clark Gable, que encarnaba a un cazador, la tranquiliza: «Calma, deben ser los gorilas». En el *sketch*, un científico, cada vez que se oían ruidos de la selva, exclamaba: «Deben ser los gorilas, deben ser». La expresión se empleaba también en un «baión» (un género musical del nordeste de Brasil):

*El domingo en la tribuna,
un gordo se resbaló.*

*Si supieran la avalancha
que por el gordo se armó.*

OSVALDO PÉREZ SAMMARTINO

*Rodando por los tablonos,
hasta el suelo fue a parar.*

*Mientras todos los muchachos
se pusieron a gritar:*

*deben ser los gorilas, deben ser,
que andarán por allí;*

*deben ser los gorilas, deben ser,
que andarán por aquí.*

Aunque el *sketch* no tenía otro propósito que hacer una parodia bastante ingenua de una escena cinematográfica, una de sus palabras habría de adquirir una potencia política insospechada para aquel joven libretista. Durante ese año, la tensión en la Argentina era enorme y crecían las versiones sobre golpes de Estado. Hubo uno, que fracasó, el 16 de junio, y finalmente otro que cumplió su objetivo a partir del 16 de septiembre. En medio de ese clima, la gente comenzó a decir, ante cada rumor: «Deben ser los gorilas».

En ese nuevo significado, de carácter político, la expresión fue adquiriendo diversos sentidos. Hay una acepción, que es la original, para la que gorila significa antiperonista. Una, más restringida, reserva el término para el antiperonista más recalcitrante. Y hay otra, que identifica al gorila con el reaccionario, antipopular, antinacional («cipayo»). Casi más que una calificación política, esta es una calificación moral: el gorila es malo, no tiene sentimientos, es un rico egoísta que no quiere perder sus privilegios y se desentiende completamente del destino de quienes sufren la pobreza o cualquier forma de vulnerabilidad.

Asociar esos sentidos, tornarlos indisolubles, ha sido el mayor éxito del peronismo en toda su historia. Es un recurso publicitario formidable. Quien no es peronista, y sobre todo quien pretende refutar al peronismo, es gorila; es decir, un ser depravado al que solo lo guía el odio.

Esa caracterización del adversario político no solo es falsa, sino que es muy tosca. Sin embargo, su potencia ha sido letal. Ninguna persona, y menos si es un dirigente político, quiere verse expuesta a ese feroz anatema. La consecuencia es que el peronismo puede atacar a sus opositores con la mayor saña, pero por lo general estos se abstienen de devolver los mandobles con igual ferocidad. O, peor aún, acusan a sus críticos de no ser verdaderos peronistas, lo que llegan a demostrar citando frases «del General». Como las hay en todos los sentidos posibles, es fácil para un no peronista acudir a ellas para reprocharle a un peronista no ser un verdadero peronista. Es una de las tantas peculiaridades argentinas: sería muy extraño que un conservador británico acusara a un laborista de no ser un verdadero laborista.

Los propios peronistas se lanzan entre ellos el mote de gorilas cuando están enfrentados. Un peronista de izquierda puede decir que uno más conservador es gorila; a su turno, este lo atacará con la misma palabra. Es probable que Cristina Kirchner, en su etapa menemista, le haya colgado el atroz sambenito a algún peronista díscolo; a ella se lo colgó años más tarde, cuando se vistió de progresista, su compañero Luis Barrionuevo, incombustible gremialista que fue denunciado por muchos motivos, pero nunca por ser de izquierda.

La expresión, por lo tanto, ha perdido todo significado, si es que alguna vez lo tuvo. «Gorila es el otro», se podría decir, otorgándole algún sentido más preciso a la ininteligible frase de Cristina

Kirchner sobre la patria. Pero se debería aclarar: es el otro siempre que el que habla sea un peronista. A los demás, no les es dado el beneficio de usar *a piacere* la invectiva.

Pese a ser algo tan burdo, la imputación de gorilismo no ha perdido su eficacia. El supuesto gorila queda debilitado como Superman ante la kryptonita. Debe ser muy cuidadoso, elegir con sutileza los argumentos que va a emplear contra su contradictor, para no pisar el terreno minado.

Este libro tratará de eludir esa prudencia. No pretende descubrir nada. No es el producto de laboriosas investigaciones ni tiene vocación erudita o doctoral. Tan solo busca aportar una modesta contribución a una tarea necesaria: desmontar la mitología construida en torno al gorila. No habrá una democracia plena en la Argentina mientras todos sus actores relevantes, en especial los partidos políticos, no se concedan recíprocamente legitimidad. Si para los peronistas solo es legítimo un gobierno de ese signo, porque solo él encarna al pueblo, la democracia no puede funcionar normalmente.

El peronismo no tiene la representación exclusiva del pueblo. Afirmar lo contrario es postular una forma de gobierno totalitaria. En las democracias hay distintas visiones en conflicto, todas legítimas mientras se expresen en el ámbito de la Constitución. La Argentina ya existía cuando el peronismo nació. Y no era un pantano de injusticias, sino un país que había crecido desde fines del siglo XIX de un modo admirable, con alta movilidad social ascendente y avances educativos y culturales que la convertían en una de las naciones más prósperas de la tierra.

No era, por cierto, un lecho de rosas. Dos golpes de Estado —ambos con la participación (en el segundo de ellos protagónica) de Juan Domingo Perón— habían alterado el orden constitucional

en los años previos. Los gobiernos de la década del treinta habían apelado el fraude electoral de modo ostensible. No obstante, si se mira ese período en el contexto histórico internacional, no eran muchos los países que tuvieran democracias más avanzadas, y casi ninguno superaba a la Argentina en el salario medio de sus trabajadores.

En el relato peronista, tanto el fundacional como su actual exponente, el kirchnerista, esos antecedentes quedan desvirtuados: había un pueblo sufriente, víctima de los políticos y de los intereses extranjeros, hasta que llegó Perón y trajo la felicidad y la armonía al pueblo y a la patria. Si el peronismo era la justicia y el amor, solo se podía ser antiperonista por sentimientos de odio.

¿Había razones que justificaran entonces y que justifiquen ahora no ser peronistas? ¿Es posible ser «bueno» y antiperonista? ¿Toda actividad o arte popular debe necesariamente ser peronista? En definitiva: ¿se puede no ser peronista sin culpas?

Una ínfima cuestión semántica: ¿antiperonista o no peronista? En un país polarizado en términos políticos, ambas categorías tienden a parecerse. Pero usaré la segunda expresión, porque la primera se asocia —a veces con razón— a la persecución del peronismo o a la impugnación automática de cualquier persona o idea solo por el hecho de que se identifique con ese movimiento. Esas formas irracionales de enfrentarse al peronismo solo lo enaltecen y consolidan su mito, al tiempo que obturan una crítica dura pero fundamentada de la enorme responsabilidad del peronismo en la decadencia argentina.

La renuncia a enfrentar ideológicamente al peronismo por temor a ser considerado gorila, es decir, enemigo del pueblo, es una de las taras que suelen tener los políticos no peronistas. No faltan las voces críticas, inclusive en tonos muy intensos; pero por lo

general se procura no ofender al «verdadero peronismo» —entelequia patentada por Julio Bárbaro— y tratar de seducir a votantes de ese sector con la mentira piadosa de que los actuales políticos peronistas han malversado la herencia del ilustre fundador.

Por supuesto, un movimiento tan amorfo, que puede ser de derecha, izquierda o centro, permite esos pasatiempos. ¿Hay, pese a todo, un verdadero peronismo? En estas páginas se considerará que en una fuerza política cuyo nombre deriva de su creador, al que se le han atribuido condiciones poco menos que sobrenaturales, lo más parecido al peronismo es lo que Perón quiso que fuera. Al hacerlo, seremos más respetuosos de Perón que los no peronistas timoratos.

El peronismo es fundamentalmente, como concepción política, lo que Perón determinó en su apogeo, es decir, durante sus primeras dos presidencias. Contra lo que suele creerse, el kirchnerismo expresa mejor que otras versiones del peronismo aquella identidad original.

¿EXISTÍA LA ARGENTINA ANTES DE PERÓN?

El peronismo, como todo populismo, tiene una vocación fundacional. La profusa propaganda del peronismo inicial y los textos escolares —que eran una especie de aquella— hablaban constantemente de la «Nueva Argentina». El kirchnerismo, su mejor alumno, reeditó esa pretensión. Como Néstor Kirchner asumió el 25 de mayo de 2003, se asoció sin ningún disimulo esa fecha con la de la Revolución de Mayo. Las celebraciones del 25 de Mayo se transformaron en actos partidarios. Saavedra y Moreno eran poco recordados, y en cualquier caso las escasas referencias los podían ubicar como precursores del heroico bajador de cuadros. La

muerte de este, en 2010, aceleró su canonización, que aprovechó la sufriente viuda para estirar el luto como una Bernarda Alba del siglo XXI y recoger los votos que siempre atrae la piedad.

Uno de los aspectos en los que se manifestó esa vocación fundacional fue el de la economía. ¿Fue Perón el creador de la industria nacional, como sugieren sus apologistas y temen refutar casi todos los demás? ¿La gente se moría de hambre antes de 1943, 1945 o 1946? ¿Había leyes de protección de los trabajadores? En fin, ¿existía la Argentina antes de Perón?

Si bien este ensayo no se enfocará en las cuestiones económicas, es conveniente formular algunos comentarios sobre ciertos mitos que el peronismo ha cultivado exitosamente en este aspecto. La poderosa maquinaria de propaganda del peronismo sostiene estas dos afirmaciones a la vez:

1. que el 17 de octubre de 1945 Perón fue «liberado» de las garras de los militares (de los que uno puede creer, si no sabe nada de la historia, que él era un opositor) por masivas manifestaciones de obreros industriales;
2. que antes de Perón no había industrias.

Lo que no había era inflación. La inflación es en la Argentina, sin duda alguna, una conquista del peronismo. Entre 1900 y 1945 la inflación había sido en promedio del 1,7% anual. 1945, un año clave en nuestra historia política, también lo fue en nuestra historia económica: la inflación comenzó a ser un problema. Entre 1946 y 1955, la etapa del primer peronismo, la inflación promedio fue del 19%, un salto enorme respecto del pasado inmediato.

Antes de Perón, la Argentina no solo existía, sino que le iba muy bien. En 1910 era el octavo país del mundo en PBI per

cápita, por encima de Holanda y Dinamarca, entre otros países desarrollados de hoy, y a sideral distancia del promedio de países latinoamericanos. Más interesante aún es una tabla que Fernando Iglesias incluye en su libro *La década sakeada*, en la que la Argentina encabeza el lote de países cuyo PBI per cápita más creció en los veinte años previos, es decir, entre 1890 y 1910: un robusto 78%, que se compara muy favorablemente con el cuarto lugar de los Estados Unidos, que creció en ese período un 46 por ciento.

Iglesias también refuta con gracia los habituales argumentos de los peronistas cuando se les presentan esos datos incontrastables:

La respuesta nacional y popular es de manual: la Argentina del Centenario podía mostrar excelentes datos macroeconómicos pero era un paraíso para pocos. Era un país predominantemente agrícola, elitista, poco democrático, con escasos derechos sociales y explotación y represión de las clases trabajadoras. ¿Quién puede ponerlo en duda? [...] La razón [...] es que casi todos los países eran, en 1910, predominantemente agrícolas, elitistas, poco democráticos, con escasos derechos sociales y explotación y represión de las clases trabajadoras [...] La Argentina de 1910 era un país de 1910.

La Argentina puramente pastoril antes de 1945 es otro mito que Iglesias desnuda con un elemento muy odioso para el kirchnerismo: los datos. Demuestra que entre 1875 y 1945 la producción industrial manufacturera creció a una tasa del 5,5% anual promedio contra el 3,0% del período 1946-2015, que es el supuestamente industrialista inaugurado por Perón.

Sin dudas, la base de la economía argentina que fue tan exitosa hasta mediados del siglo XX fue agroexportadora, pero eso

no significa que no hubiera industrias. El desarrollo industrial se incrementó a partir de la década del treinta por el proceso de sustitución de importaciones originado en factores externos. Al respecto, Jorge Ossona señala en «Los orígenes históricos de nuestra inflación endémica», artículo publicado en *La Nación*:

Hacia comienzos de los años cuarenta, ya iniciada una nueva guerra europea, se abrió un debate soterrado. Unos —particularmente los militares y los nuevos industriales— entendían que el autarquismo era un camino irreversible y que había que proseguir el esfuerzo sustitutivo de importaciones indiscriminadamente. Otros, como Federico Pinedo y su *staff* funcional, optaron por una actitud más cauta y atenta a las ideas simplificadoras.

Sin materias primas estratégicas ni un mercado interno de escalas, esa industrialización podía suponer una trampa [...] En medio de una guerra ya mundializada, era una excelente oportunidad para retomar la relación privilegiada con EE.UU., de la década anterior, convirtiéndonos en una plataforma industrial para toda la región.

Pero el debate quedó ocluido por los avatares de nuestra política. Cuando el conflicto terminó, se impuso —aunque no con demasiada convicción— la opción autárquica con sus costos fiscales por la necesidad de comprar materias primas con la misma cantidad de bienes exportables tradicionales.

La autarquía económica se correspondía con el auge del nacionalismo político y el militarismo. El culto a la «soberanía», el espíritu defensivo propio de un provincianismo estrecho que ve amenazas en todo lo foráneo y que, en consecuencia, califica a cualquier cosa

de «estratégica» —es decir, nacional y estatal— encontraron en el peronismo un eco formidable. Por cierto, el contexto internacional ya no hubiera permitido crecer al ritmo extraordinario de la etapa de la asociación con el Reino Unido, pero tampoco era inevitable una decadencia tan pronunciada. Los eslóganes fáciles del populismo impidieron un análisis serio de cuál podía ser la mejor forma de adecuarse al nuevo marco internacional.

La Argentina anterior al peronismo no solo había crecido en el terreno económico. Era un país muy avanzado para la época. Lo era su Constitución, inspirada en la de los Estados Unidos; lo era su legislación civil, que incluía la famosa ley 1420 —sancionada durante la primera presidencia de Roca—, que establecía la educación primaria pública, gratuita y laica; lo eran muchas leyes que comenzaron a garantizar derechos sociales —un proyecto del Poder Ejecutivo, durante la segunda presidencia de Roca, elaborado por su ministro del Interior, Joaquín V. González, y que no logró la aprobación del Congreso, creaba un muy moderno Código del Trabajo—; lo era la Ley Sáenz Peña, de 1912, que al ampliar el universo de votantes y transparentar los comicios pasó de una democracia restringida a una de masas; lo era la Reforma Universitaria de 1918, que modernizó y democratizó a las universidades públicas.

Un ejemplo muy ilustrativo del desarrollo y posterior estancamiento de la Argentina lo ofrece la red de subterráneos de Buenos Aires. La capital argentina tuvo su primera línea de subtes, la A, en 1913. Fue la primera de Latinoamérica y de todos los países de habla hispana, y se instaló antes que en la mayoría de las ciudades importantes del mundo. La línea B se inauguró en 1930; la C, en 1936; la D, entre 1937 y 1940; la E, en 1944. Entonces se detuvo la construcción de líneas de subte por muchos años.

En «Plan Estratégico y Técnico para la Expansión de la Red de Subtes de Buenos Aires», publicado en 2015, Juan Pablo Picardo expresa: «El desarrollo de la red del subte se detuvo en 1948 y retomó su crecimiento en 1980, mientras en el mundo, sobre todo en América Latina, varias ciudades lo incorporaban como medio de transporte. En ese período, la población capitalina y del conurbano creció de manera constante. De haberse agregado un kilómetro por año desde 1944, su actual extensión sería de 100 kilómetros, casi el doble que en la actualidad».

Es innecesario explicar los beneficios sociales que genera una red extensa y moderna de subterráneos en términos de mejoramiento del transporte, de celeridad en los desplazamientos, de menor polución ambiental, todo lo cual se traduce en mejor calidad de vida. Claro que se trata de obras de infraestructura que requieren importantes inversiones y cuyos resultados no son inmediatos. No es extraño, entonces, que la Argentina populista, que se inició con el peronismo, pero que permeó a gobiernos de otros signos, le haya dado la espalda al subte.

Mientras ese estancamiento sucedía, otros países se inspiraban en el espíritu de la «Vieja Argentina». Seúl empezó en 1974 y hoy tiene más de 20 líneas. Santiago, San Pablo y México empezaron recién en las décadas de 1960 y 1970 y hoy tienen un desarrollo mayor al de Buenos Aires.¹

La falta de inversión en infraestructura es típica de los populismos, que se caracterizan por tener como horizonte el presente más inmediato. El siguiente texto parece describir el resultado de los gobiernos kirchneristas:

1. Agradezco a uno de nuestros mayores expertos en movilidad urbana, el arquitecto Andrés Borthagaray, estos datos.

Nunca se ha hablado en el país con tanto énfasis de planificación, y nunca se ha previsto menos en cosas fundamentales como son el abastecimiento de energía, que requiere un alto grado de previsión, puesto que no se puede improvisar de un año para otro.

He señalado en mi informe una cifra tomada de cifras del gobierno anterior, de la que se desprende que el ingreso o producto medio por habitante en la República Argentina es hoy, apenas, un tres y medio por ciento superior a lo que fue hace diez años. Nunca en la vida del país se había producido un estancamiento similar en el ritmo de crecimiento. Y no hay país latinoamericano, señores, que en los últimos diez años haya crecido con un ritmo tan insignificante como el ritmo de crecimiento del país.

A todo eso se agrega [...] el estado desastroso de los transportes, sobre lo cual no necesito insistir porque es de pública notoriedad. Será necesario gastar ingentes cantidades de capital a fin de poner el sistema de transportes argentinos en un pie de eficiencia compatible con las necesidades de la producción y del comercio. Y será la única forma, aparte de reajustes internos, de ir achicando progresivamente el déficit [...] que actualmente tiene el sistema de transportes de nuestro país. Ha habido, como es notorio, un descenso de la productividad, medido en horas crecientes de trabajo para mover una tonelada-kilómetro, o para transportar un pasajero-kilómetro en la red ferroviaria argentina. Y esto, señores, va a requerir ingentes gastos, ingentes necesidades de capital. Y por desgracia, el país no se encuentra en condiciones de afrontarlas. Las divisas de que hoy dispone la Argentina son escasamente indispensables para pagar las materias primas y los combustibles que el país necesita.

Se trata de un fragmento de la presentación, el 18 de noviembre de 1955, del informe elaborado por el prestigioso economista Raúl Prebisch para el gobierno de la Revolución Libertadora. Es notorio el parecido con los resultados de las gestiones kirchneristas. En un artículo publicado en *La Nación* el 9 de diciembre de 2020, «Los persistentes efectos de la economía de Perón», Roberto Cortés Conde y Gerardo Della Paolera describen con crudeza las consecuencias de las políticas de las dos primeras presidencias de Perón:

Un país que finalizada la experiencia peronista quedaba descapitalizado, sin las fabulosas reservas en oro que recibiera de sus antecesores, sin transporte ni energía y con un sector agrícola severamente disminuido. Además, con una industria atrasada tecnológicamente y ahogada por la falta de insumos y con una inflación rampante que desde 1949 superó a menudo el 30% anual, acompañadas por brechas cambiarias superiores al 300 por ciento [...].

En numerosos países se estatizaron los bancos centrales, como en la Argentina, pero prácticamente en ninguno se centralizó en manos de este el manejo de todo el otorgamiento de créditos de la economía. En una variedad de naciones se crearon bancos de desarrollo, pero en pocos se confundió el papel convencional de un banco central con el de una institución de desarrollo. Con el agravante de que se transformó al Banco Central también en prestamista de primera instancia del gobierno, uno que había triplicado su déficit fiscal a pesar de la aparición de una miríada de nuevos tributos. No fue la única fuente de financiamiento extraordinaria del poco transparente nuevo sistema presupuestario. Las nacientes cajas de jubilaciones, así como los ingresos del IAPI, un instituto que llegó

a monopolizar más del 90% del comercio exterior argentino, fueron nuevos modos de financiar un Estado creciente, que además dilapidó rápidamente sus cuantiosas reservas cancelando deuda y nacionalizando una serie de servicios públicos que, usados como fuente de empleo público, comenzaron a experimentar déficits de magnitud.

Mientras tanto, la Argentina se había excluido del sistema que podía proveerle de financiamiento internacional. Hasta 1956, la Argentina no adherirá al sistema de Bretton Woods y de la mano de su exótico presidente del Banco Central y negociador externo, Miguel Miranda, tenderá a aislarse del renaciente sistema global de comercio llevando a cabo ruinosas actividades comerciales. Las tasas reales negativas de interés hicieron declinar drásticamente los depósitos de los bancos, mientras el gobierno intentaba que los ahorristas reemplazaran sus carteras por otra caracterizada por tasas fuertemente negativas. Con conversiones muy perjudiciales para los ahorristas, se dio comienzo a un largo proceso de abandono del peso como reserva de valor, y los ahorristas argentinos comenzaron a considerar la posibilidad de incorporar bienes inmuebles y dólares en sus portafolios.

Los efectos de estas políticas se mantuvieron, con mayor o menor intensidad, durante las décadas siguientes, inclusive con gobiernos no peronistas, pero fue el kirchnerismo la modalidad peronista que retomó con más entusiasmo tales ideas. El menemismo, por el contrario, representó en este campo un giro drástico. Si bien el peronismo puede adoptar diversas posturas económicas, es indudable que se siente más cómodo con las que favorezcan el estatismo, el fuerte intervencionismo, el proteccionismo y la falta de reglas claras y permanentes, que permitan un amplísimo

margen de discrecionalidad en los funcionarios. Es lo más compatible con su concepción corporativista.

Como Perón, los Kirchner aumentaron el gasto público de forma considerable y lo financiaron con inflación. Como Perón, llevaron adelante una política demagógica en materia de tarifas de energía y transporte, que deterioró la infraestructura. La apelación constante a la soberanía y al nacionalismo fue una vía muy onerosa de apartarse del sistema financiero internacional. También copiaron del fundador del movimiento la pretensión de amparar a una industria costosa y de baja productividad a expensas del sector agropecuario, con los resultados conocidos.

Un persistente mito sostiene que no había leyes sociales ni laborales antes de Perón. Es cierto que a partir de su rol como secretario de Trabajo y Previsión de la dictadura de 1943 y luego como presidente constitucional Perón amplió y generalizó en muchos casos varias normas de protección de los trabajadores, pero no partió de cero. Esas normas se habían comenzado a sancionar desde principios del siglo XX. Ejemplos: descanso dominical (1905), protección del trabajo de las mujeres y los niños (1907), accidentes de trabajo (1915), jubilaciones (1923), jornada laboral de 8 horas (1929).

Lo más peculiar de la política peronista en esta materia fue el fomento de un sindicalismo subordinado al Estado, es decir, a Perón. Se logró manejando discrecionalmente el otorgamiento de la personería gremial a los sindicatos que se alinearan con él, únicos que podrían celebrar convenios colectivos de trabajo. Perón se inspiró en el modelo fascista que había conocido de primera mano pocos años antes y lo realizó a través de su colaborador en cuestiones sociales, José Figuerola, un catalán falangista que había sido funcionario del dictador español José Primo de Rivera.

Tal vez sea el ámbito educativo y cultural el que más sobresale desde la Organización Nacional hasta mediados del siglo XX. No se trató simplemente del «derrame» de la riqueza, que por cierto fue la base material de ese progreso, sino de un proyecto deliberado cuya figura principal, por cierto, era Domingo Faustino Sarmiento, ese señor «malo» en el adoctrinamiento infantil de Zamba.

La demonización de Sarmiento por parte del actual progresismo sintetiza nuestra decadencia. Los progresistas anteriores al peronismo, como los socialistas, lo incluían en un lugar destacado de su panteón. Cuenta Sergio Bufano en el artículo «Sarmiento buitre, Rivadavia ladrón», publicado en *Infobae* el 22 de julio de 2015 e incluido en el libro de Helena Rovner y Eugenio Monjeau *La mala educación. ¿Qué pasó con la escuela argentina?*, que la nieta, de once años, de una amiga, al ser preguntada sobre qué había aprendido de historia argentina en la escuela, contestó: «Sarmiento viajó a Estados Unidos para transar con los fondos buitre». El autor cita también una carta de lectores de la historiadora Camila Perochena, publicada en el diario *Clarín*, en la que esta comenta que en el Museo del Bicentenario de la Casa Rosada un guía explicó ante un grupo de niños: «Esta no es la silla original de Rivadavia, porque él se robó todo y se llevó la silla a su casa». Con relación a la Generación del 80, el guía afirmó que en esa época los argentinos no tenían «derechos, ni obra social, ni asignación universal por hijo». Perochena agregaba que tampoco tenían computadoras ni *Fútbol para Todos*.

Ese abuso de los anacronismos es constante en el relato peronista y seguramente se aplicaría —se debe haber hecho muchas veces— para refutar los avances educativos de la Argentina previa a Perón. Pero solo de mala fe se puede desacreditar esa epopeya. Iglesias consigna que la tasa de analfabetismo, del 78,2% en 1869, había descendido al 54,4% en 1895, al 37,9% en 1914 y al 13,6% en 1947.

La Reforma Universitaria, nacida en Córdoba en 1918 por obra de los estudiantes, contó con el apoyo del presidente Hipólito Yrigoyen. Entre sus banderas se contaban la autonomía universitaria, el gobierno tripartito y el régimen de concursos y periodicidad de cátedra. Ninguna autonomía de la sociedad es compatible con la concepción fascistoide de la comunidad organizada. Por eso, el peronismo combatió la reforma universitaria. El protoperonismo de la dictadura de 1943 intervino todas las universidades. Bernardo Houssay fue dejado cesante por firmar una carta en la que se pedía «democracia efectiva y solidaridad americana», como lo recuerda el citado libro de Rovner y Monjeau. Houssay fue el primer latinoamericano en ganar un premio Nobel en una disciplina científica, cuando le concedieron en 1947 el de Medicina. Celebrado en todo el mundo, en su país vivía en el ostracismo por creer en la democracia y la libertad, y por haber apoyado a los Aliados.

Perón volvería a intervenir las universidades ya como presidente constitucional para peronizarlas hasta extremos grotescos, exonerando a destacados profesores por no plegarse al peronismo o designando «veedores». Loudet, profesor titular de psiquiatría, amenazó al veedor con ponerle un chaleco de fuerza e internarlo «porque la superintendencia de un lego sobre un profesor es un acto de locura». La cátedra de Houssay, por su parte, pasó a llamarse «Fisiología peronista».

EL VERDADERO NO PERONISMO

Así como Julio Bárbaro se pasea por los medios de comunicación haciendo un control de calidad muy severo que concluye casi invariablemente en que eso que es sometido a su examen no es el

verdadero peronismo, podemos imaginar una figura simétrica, a la que llamaremos José Civilizado, empeñada en impugnar lo que no sea el verdadero no peronismo.

Muchas personas que se enorgullecen de su condición de gorilas poseen un alto grado de peronismo en sangre. Esto aflora en especial en cierta categoría de antikirchneristas que identifican al peronismo con la izquierda y creen, entonces, que ser antiperonista implica ser de derecha, aunque no se trate de la derecha liberal. Cualquier autoritarismo fascistoide les viene bien. Un Mussolini de este tiempo, acaso despojado de sus rasgos más caricaturescos —o tal vez no—, les parecería la encarnación del antiperonismo. Perón estaría muy cómodo con ese antiperonismo que tanto se parece al peronismo. Al fin tendría sentido su famosa frase: «Peronistas somos todos».

Ese falso antiperonista ignora que Perón tiene más en común con Trump y Bolsonaro que con el liberalismo progresista o la socialdemocracia. Por lo menos, Miguel Pichetto y sus «peronistas republicanos», valga el oxímoron, esto lo tienen claro: hicieron abierta campaña por el exmilitar brasileño y lograron vetar una declaración de Juntos por el Cambio que felicitaba a Lula por su triunfo.

El verdadero no peronismo es partidario de la democracia liberal, que no es una ideología estrecha sino un ancho campo que admite fuerzas políticas de centroderecha y centroizquierda. Así fue desde 1943 y especialmente desde 1946, cuando los partidos opositores al régimen peronista incluían a la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Demócrata (conservador) y el Partido Demócrata Progresista, entre otros.

Es cierto que también era opositor entonces el Partido Comunista que, además, en un error tanto ideológico como estratégico,

integró la Unión Democrática, la coalición opositora que enfrentó al candidato de la dictadura militar, Juan Domingo Perón, en las elecciones del 24 de febrero de 1946. Es curioso que el peronismo haya manipulado tanto la historia como para que en la memoria colectiva se ubique a esa coalición en la derecha, siendo que formaban parte de ella los comunistas y no los conservadores. Esta exclusión se explica en el marco de las luchas que había mantenido el radicalismo contra los gobiernos fraudulentos surgidos del golpe del 6 de septiembre de 1930 y los enconos que ellas generaron. También la inclusión del Partido Comunista debe entenderse en el contexto de la época: la Unión Soviética era parte de los Aliados que habían vencido poco antes al nazismo y al fascismo, cuadrante en el que se ubicaba —con sobrados fundamentos, como se verá— al gobierno de facto surgido en 1943, cuya figura protagónica era Perón.

Instituciones que cualquiera ubicaría tradicionalmente en la derecha, como las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica, apoyaron masivamente a Perón en 1946. El 15 de noviembre de 1945, el cardenal Santiago Luis Copello y todos los obispos y arzobispos firmaron una pastoral que indicaba que los católicos no debían votar por candidatos que apoyaran la separación de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica y el divorcio vincular, objetivos que figuraban en los programas de partidos que integraban la Unión Democrática. Esa alianza entre el peronismo y la Iglesia se manifestó, por ejemplo, en la ratificación por ley del Congreso, con la enérgica disidencia del bloque radical, del decreto dictado por la dictadura del 43 que imponía la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas públicas, dejando de lado el laicismo de la ley 1420, sancionada durante la primera presidencia de Julio Argentino Roca.

El «verdadero no peronismo», nos diría José Civilizado, no se opone a iniciativas que mejoren las condiciones de vida de

quienes menos tienen y que, en general, promuevan la igualdad de oportunidades. Todo lo contrario. Sí se opone a que sean concedidas como favores del gobernante de turno y que faciliten las prácticas clientelares, en lugar de ser consideradas derechos de carácter universal.

Los planes sociales ilustran bien este desvío de las funciones del Estado.

El «verdadero no peronismo» aspira a conformar una República de ciudadanos, dotados de la mayor autonomía, con plena libertad para desarrollar sus vidas como quieran siempre que no dañen a otros. Una República que, por definición, es un gobierno de leyes, y en la que nadie es imprescindible ni encarna por sí solo al pueblo. Parece poco, pero el peronismo —especialmente el original y el actual— ha actuado en sentido contrario a esos objetivos de mínima.

EL DILEMA DEL OXÍMORON

Aunque suelo decir que «peronismo republicano» es un oxímoron, no pierdo la esperanza de que en el futuro llegue a ser una realidad. Comprendo que se requiere una alta dosis de optimismo para no considerar imposible esa hipótesis cuando la encarnación actual de esa fuerza política, el kirchnerismo, se vuelca cada vez más a posiciones que impugnan la democracia liberal. Pero como creo que el peronismo seguirá siendo un actor relevante de la vida política argentina, tengo, para decirlo en términos borgeanos, el deber de esa esperanza.

Si algún día el peronismo demuestra en la práctica que se comporta de un modo republicano, poco importará que mantenga su

devoción por un líder que representó los valores opuestos. Será un tema de interés para historiadores. Sobran los ejemplos de partidos que modificaron sustancialmente sus ideas y, sin embargo, desde el punto de vista formal, son continuadores de los que postulaban esas ideas dejadas de lado. El Partido Demócrata de los Estados Unidos, que fue durante más de un siglo, en el sur de ese país, una fuerza política hegemónica que impuso el más vergonzoso segregacionismo racial, hoy es el principal canal de representación de la población negra.

Nadie les reprochará a los peronistas que mantengan el cultivo de sus mitologías, que veneren a Perón y Evita, o que combatan ilusoriamente al capital mientras cantan la marchita, si su conducta cuando gobiernan o cuando están en la oposición indica que aceptan que su partido es uno más entre otros, que respetan la separación de poderes, que no hostigan a la prensa, que se someten a las decisiones de la Justicia y que admiten que la diversidad de ideas es una riqueza, no un problema, de la democracia.

Mientras esto no ocurra, indagar sobre el pasado seguirá siendo útil, en la medida en que arroje luz sobre algunas constantes que enturbian la convivencia argentina desde hace ocho décadas.

Las páginas que siguen solo enfocan algunos aspectos de una cuestión que es muy amplia y que ha dado lugar a una literatura vastísima. No son el producto del análisis académico o erudito de un historiador, un sociólogo ni un economista, sino más bien el alegato de un ciudadano. No son imparciales, pero pretenden no ser panfletarias.